

LA ÉPOCA DE LA RIVALIDAD INTERIMPERIALISTA

Guerras, revolución y crisis en Occidente

Manuela Hoya y María de las Nieves Piovani

Resumen

Este capítulo versa sobre la época apoderada por la rivalidad interimperialista, la guerra, la revolución y la crisis. El recorrido se inicia con los postulados de Vladimir Ilych Ulyanov Lenin en su obra sobre el imperialismo, en la que describe la antesala del primer enfrentamiento entre las potencias centrales, las características del capitalismo monopolista y las primeras turbulencias del liberalismo. Asimismo, se aborda el periodo que se abre con el estallido de la Primera Guerra Mundial, la crisis de 1929 y la formulación de las alternativas antiliberales en Estados Unidos, Europa y América Latina. Por último, se analiza el cierre de este bloque histórico con la Conferencia de Yalta en la que se estableció el nuevo mapa europeo tras la Segunda Guerra Mundial.

«Véase entonces la importancia política del conocimiento de una historia auténtica; sin ella no es posible el conocimiento del presente, y el desconocimiento del presente lleva implícita la imposibilidad de calcular el futuro, porque el hecho cotidiano es un complejo amasado con el barro de lo que fue y el fluido de lo que será, que no por difuso es inaccesible e inaprensible. [...] el conocimiento del pasado es experiencia, es decir, aprendizaje.»
Arturo Jauretche (1959)

«Pero que el siglo veinte
es un despliegue
de maldad insolente
ya no hay quien lo niegue
[...]
Siglo veinte cambalache
problemático y febril
el que no llora no mama
y el que no roba es un gil.»
Enrique Santos Discépolo (1934)

El siglo xx fue, sin dudas, de trascendental importancia para todas las naciones integradas en el sistema mundo con centro en Occidente (Bender, 2011; Santos, 2009) que se vieron envueltas en guerras, revoluciones y crisis. Esta centuria intensa y compleja, fundada sobre las premisas de la *era del imperio* (1875-1914), se inició en junio de 1914 en Sarajevo —Bosnia— con el atentado que operó como el desencadenante del estallido de la Primera Guerra Mundial y finalizó en diciembre de 1991 con la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) (Hobsbawm, 2011), el fin de la polarización y la configuración de un mundo multipolar.

El estudio de esta época exige atender a los procesos históricos que se cartografiaron a lo largo del último cuarto del siglo xix y que se condensaron en la zona de los Balcanes para 1914 y, de esta manera, marcaron un punto de inflexión con el Siglo de las Luces: el final del *largo siglo*, caracterizado por el pasaje definitivo hacia la modernidad con el triunfo del modo de producción capitalista industrial, de Inglaterra y de Francia como potencias mundiales, de la burguesía como clase dominante en términos económicos y políticos, así como del desarrollo de las contradicciones inherentes al nuevo modo de organizar el sistema social, político, económico e ideológico.

Si enumeramos, con pretensiones didácticas, los principales hechos del corto siglo xx, su relevancia y su profundidad se hacen visibles inmediatamente: la Primera Guerra Mundial;

la caída de cuatro imperios (ruso, alemán, otomano, austrohúngaro); el estallido de la Revolución Rusa; la consagración de Estados Unidos como potencia mundial; el *crack* de la Bolsa de Wall Street, la extensiva crisis económica y el descrédito de la escuela liberal; la Guerra Civil Española; el surgimiento del fascismo y el nazismo en Italia y en Alemania; el estallido de la Segunda Guerra Mundial; las bombas atómicas; el pasaje a la Guerra Fría; la Revolución China; el Plan Marshall; la descolonización en África; la Revolución Cubana; la Guerra de Vietnam; la construcción del Muro de Berlín; el estado de bienestar europeo; el Mayo Francés; la crisis del petróleo; el neoliberalismo; el golpe de Estado en Chile que depuso al gobierno de Salvador Allende y marcó el inicio de las dictaduras militares en la región latinoamericana, de la mano de la doctrina de seguridad nacional; la caída del Muro y la disolución de la URSS. A partir de esta acotada enumeración de algunos de los principales hechos de la centuria, se encuentra la fundación de la era del imperialismo —caracterizada por la competencia sin límites entre las potencias industrializadas de Europa, Estados Unidos y Japón— que dará lugar a los treinta años de guerra; el desarrollo de crisis económicas y políticas; y las revoluciones ante la desigualdad y la opresión del centro del sistema-mundo y el capital.

Como se reseñó hasta aquí, durante el siglo xx se produjeron grandes acontecimientos que resultaron en importantes modificaciones en el mapa mundial, en la orientación de la economía industrial capitalista, en la política interna de cada nación y en las políticas de los Estados, en las relaciones internacionales y en los sistemas de alianzas. Por la complejidad de esta centuria, nos abocaremos a desarrollar lo acaecido entre 1914 y 1945, entendiendo sus antecedentes en la era imperialista y concibiendo a este periodo en su unidad determinada por la guerra, la crisis y la revolución.

El antecedente/la antesala: la fatalidad imperialista

«¿Qué otro medio que no sea la guerra puede haber bajo el capitalismo para eliminar las discrepancias existentes entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la acumulación de capital, por una parte, y el reparto de las colonias y de las “esferas de influencia” entre el capital financiero, por otra?»

Vladimir Ilich Ulyanov Lenin [1916] (2008)

Desde la Revolución Industrial (1780-1790) hasta 1850, un grupo reducido de naciones europeas —Francia, Bélgica y Alemania—, Estados Unidos y Japón habían logrado desarrollar un intenso proceso de industrialización. Aunque Inglaterra conservaba una posición indiscutidamente hegemónica a lo largo de la última mitad del siglo xix, en estos países había triunfado el capitalismo, con potentes economías industriales y la asunción de los valores de la burguesía (Bianchi, 2013). En estas zonas crecía a gran escala la demanda de carbón, de hierro y de maquinarias que caracteriza a cualquier proceso de desarrollo

industrial y que se encontraba en manos británicas, y aseguraba su predominio en términos productivos y comerciales. Aunque en buena parte de estos países la ruralidad seguía siendo relevante y contaban con un puñado de centros industriales, las acciones de sus Estados nacionales para generar escenarios favorables a la empresa privada y a la libertad comercial, con «asombrosa confianza en el liberalismo económico» (Hobsbawm, 2010a, p. 50) las contribuciones financieras del sistema bancario se conjugaron para apuntalar ese desarrollo industrial que, por ejemplo, en el caso alemán posibilitó explotar la producción siderúrgica, y destronó, así, a los ingleses para 1890.

En este apogeo del capitalismo, se produjo la mecanización de la actividad rural. Estos avances dieron lugar a una importante reducción de la mano de obra agrícola y, consecuentemente, generó una oleada de migrantes hacia los centros industriales y hacia la periferia del mundo, hacia otros continentes como América. En este punto cabe recordar que es por estos años, 1870-80, que el naciente Estado nacional argentino desarrolla políticas inmigratorias para incentivar la llegada de europeos a nuestro país.¹ Las ciudades crecieron a un ritmo acelerado y en sus paisajes se fue delineando la estructura social capitalista que, por novedosa que fuera, conservaba y reproducía una lógica desigual con el encuentro entre los poseedores de los medios de producción y los obreros doblemente libres —libres y desheredados— (Marx, [1867] 1973).

Asimismo, Susana Bianchi (2013) señala que en estas naciones industriales la extensión del ferrocarril se articuló con la navegación marítima, y posibilitó la extensión y la explotación de nuevos y más vastos mercados; de esta manera, le otorgó al capitalismo una definitiva dimensión mundial, devenido «en una sola economía interactiva» (p. 152). Estos avances tecnológicos permitieron acotar los tiempos de circulación de los bienes industriales, de las materias primas, de los capitales, de la información, de las personas: el mundo se achicó y el desarrollo científico quedó estrechamente asociado al progreso.²

Sin embargo, esta época de bonanza y de multiplicación de la riqueza mostraba el lado más perverso del modo de producción capitalista: la desigualdad al interior de las naciones industriales de Occidente, así como entre estas naciones, corazón del sistema mundo, y la periferia. Más aún, prontamente se evidenció el carácter cíclico de las crisis y el capitalismo sufrió el primer embate que lo hundió desde 1873 a 1896. Eric Hobsbawm, en su obra *La era del capital (1840-1875)* (2010b), señala que con el estallido de la *gran depresión* la palabra crisis pasó a integrar los imaginarios de la época: la caída de los precios de los bienes agrícolas e industriales se combinó con una merma en el rendimiento del capital; la demanda se estrelló, la oferta se acumuló, los salarios languidecieron y los beneficios se acotaron con celeridad. La salida puede ser entendida en dos dimensiones. En primer lugar, con la ruptura de los principios del liberalismo económico y la implementación por parte de los Estados nacionales de medidas tendientes a proteger la industria nacional

de la competencia foránea —con excepción de Inglaterra que siguió practicando la libertad de comercio—. En segundo lugar, con el desarrollo de la política imperialista como consecuencia de esta rivalidad entre los países industriales, «donde los beneficios de una parecían amenazar la posición de las otras. No solo competían las empresas, sino también las naciones» (Hobsbawm, 2011, p. 44). El proteccionismo y el imperialismo eran, a las claras, señales de una competencia encarnizada y ascendente.

Sobre este último y particular fenómeno, en 1916, Vladimir Ilich Ulyanov Lenin escribió un libro titulado *Imperialismo, la fase superior del capitalismo*. Orientado por la pretensión de desarrollar «una visión de conjunto de la economía capitalista mundial en sus relaciones internacionales a comienzos del siglo xx, en vísperas de la primera guerra imperialista mundial» (Lenin, [1916] 2008, p. 9), que le permitiera conocer la nueva lógica de funcionamiento de este sistema contra el que el revolucionario ruso empeñaba su actividad teórica y práctica, Lenin explica las cinco características centrales del imperialismo: la concentración de la producción y del capital en un punto tan elevado que ha dado lugar al surgimiento de monopolios, como agentes decisivos en la vida económica;³ la fusión del capital bancario con el industrial que da lugar a la formación del capital y la oligarquía financiera; la exportación de capital adquiere cada vez más relevancia; la formación de asociaciones capitalistas monopolistas internacionales que se reparten el mundo; la definitiva repartición del mundo entre las grandes potencias mundiales.

A partir de esta caracterización, Lenin postuló que el enfrentamiento entre 1914 y 1919 fue una guerra desatada por las naciones occidentales con el propósito de alcanzar una mejor posición colonial y redibujar el mapa mundial. Así, el capitalismo en su etapa imperial se había convertido en un sistema de «opresión colonial y de estrangulamiento financiero de la aplastante mayoría de la población del planeta por un puñado de países *avanzados*» (Lenin, [1916] 2008, p. 11). Siguiendo a Karl Marx, identificó que el crecimiento industrial bajo la lógica de la libre competencia conducía a la concentración empresarial y a la conformación de monopolios. Estos conglomerados de grandes empresas establecen acuerdos entre sí y rompen, de esta manera, el ordenamiento propuesto por el liberalismo económico para sostener un mercado en el que todos tengan las mismas oportunidades de intercambiar. Además, estas empresas combinan la producción industrial con la actividad bancaria para dar lugar a una nueva forma de capital: el financiero. Más aún, esta estrecha relación, este ensamblaje entre la banca y la industria, se completa con el establecimiento de un «*vínculo personal* con el gobierno» (Lenin, [1916] 2008, p. 54).

Un nuevo capitalismo había comenzado a gestarse en Europa tras la crisis de 1873 (que dio lugar a una duradera depresión económica) y se consagró definitivamente a principios del siglo xx cuando los monopolios pasaron de un estado embrionario a ser el fundamento de la vida económica y se repartieron los mercados; fijaron los precios; establecieron las

condiciones para comprar y vender; se apoderaron de los principales resortes económicos en las zonas de influencia —como los medios de transporte, los puertos, la producción de materias primas—; condicionaron a la mano de obra; y estrangularon a todos aquellos que no se sometieron a su arbitrariedad (Lenin, [1916] 2008, p. 33). Bianchi (2013) explica que en Francia en el año 1860 había 395 altos hornos que producían 960 000 toneladas de hierro colado. Para 1890 eran 96 y producían 2 000 000 toneladas. Es decir que, mientras la producción trepaba a pasos agigantados, la concentración de capitales se apuntalaba.

La competencia y la crisis eliminaron a las empresas menores, que desaparecieron o fueron absorbidas por las mayores; las triunfantes grandes empresas, que pudieron producir en gran escala, abaratando costos y precios, fueron las únicas que pudieron controlar el mercado (Bianchi, 2013, p. 156).

Para Lenin [1916] (2008) «el siglo xx marca el punto de inflexión entre el viejo capitalismo y el nuevo, entre la dominación del capital en general y la dominación del capital financiero»⁴ (p. 61). Esta transición implicó, también, el pasaje de la exportación de bienes a la exportación de capital que abarcó la totalidad del planeta y reconfiguró una nueva modalidad de las asimetrías preexistentes entre las naciones, entre el centro y la periferia: el reparto del mundo se dispuso en proporción al capital y a la fuerza de cada país. El problema fue que, en primer lugar, las diferencias entre los países de Europa —en cuanto a sus posiciones coloniales, sus esferas de influencia, sus mercados cautivos— no eran nuevas: desde la *Revolución Oceánica* (Bender, 2011), cuando Occidente se consolidó como centralidad, quedó establecida la relación entre el centro y la periferia, entre los imperios coloniales primero y los modernos después (centro), con América Latina y África (periferia). Sin embargo, el crecimiento de la producción industrial, la concentración y la fusión con la banca, generó una escalada competitiva por los mercados internos y por el mercado externo que terminó por hacer explotar el ordenamiento del mapa mundial y la conquista de todo el planeta. Es en esta época del imperio, en el último cuarto del siglo xix, que no quedó zona sin amo.

En segundo lugar, la fuerza de cada nación había sido un criterio definitorio para el reparto del mundo. Pero como esta varía por el grado de desarrollo económico y político, aquellos países capitalistas jóvenes en franco progreso, como Alemania y Japón, desarrollaron sus pretensiones en sintonía con su crecimiento, cuestionando las posiciones coloniales de Francia e Inglaterra. La brutal búsqueda de los capitales financieros monopolistas por conquistar nuevos territorios —operaciones rentables, nuevas fuentes de materias primarias vigentes o futuras, mercados donde ubicar el capital, bienes y mano de obra— era común para las seis potencias del momento: Francia, Gran Bretaña, Rusia, Alemania, Japón, Estados Unidos. Justamente allí residía el problema: las infinitas ambiciones de las naciones imperialistas en un planeta finito, tarde o temprano, explotaron.

De la paz imperialista a la guerra

«Ese adjetivo “Mundial” expresó —entre otras cosas— la soberbia de las naciones centrales: “Si nosotras estamos en guerra, ésa guerra es ‘Mundial’”. Porque ellas, las naciones centrales, eran “el mundo”. O, si se quiere, el mundo que importaba. La historia de Europa cubre la “Historia de la Humanidad” desde los griegos hasta las Torres Gemelas. Toda “participación” anterior de Oriente o América latina fue lateral y se expresó por medio del saqueo de Europa. Quiero decir: los territorios periféricos existían porque la metrópoli los expoliaba y, con esos recursos, “hacía” la historia. [...] El “mundo” fue Europa. Y lo que Europa hacía era “historia”. De modo que una guerra entre Alemania, Francia e Inglaterra, ¿qué otra cosa sino “Mundial” podía ser?»
José Pablo Feinmann (2005)

La expansión imperialista, consecuencia inherente del sistema de producción y distribución capitalista, con el que las potencias centrales se dispusieron a asegurar su supremacía económica y militar, expuso la profunda rivalidad entre las potencias mundiales al tiempo que le permitió a Europa, entre 1890 y 1914, experimentar un período de crecimiento y desarrollo económico sostenido. En otros términos, el imperialismo era expresión de esa competencia encarnizada entre las potencias por la conquista del globo (en forma de colonia o semicolonias),⁵ mientras garantizaba que las víctimas de la expansión del capital fueran los «débiles del mundo» (Hobsbawm, 2011, p. 270). Esta política expansionista tuvo lugar, especialmente, en Asia y en África, en donde no quedó ninguna zona con independencia de las potencias imperialistas. La avanzada del centro para subordinar a los pueblos de la periferia a los intereses del capital encontró ciertos límites en América Latina: Estados Unidos, que ya se perfilaba como una potencia mundial, había lanzado la doctrina Monroe (1823) que proponía una «América para los americanos». Esto no significaba otra cosa que su exclusivo derecho para intervenir en los países del continente y Europa no estaba interesada en rivalizar con esta proclama.

Así, a lo largo del último cuarto del siglo XIX, las estrategias combinadas del imperialismo — el proteccionismo, la conformación de monopolios, la disponibilidad de capital financiero para ser exportado, la organización racional del trabajo,⁶ el reparto del mundo— fueron resolviendo las contradicciones internas de los países centrales en un escenario marcado por la conformación de las primeras sociedades de masas, en las que el movimiento obrero representaba una amenaza para el orden social burgués (persistía el recuerdo de la *Primavera de los pueblos* de 1848) y se exigían avances en materia de democratización política con el consiguiente surgimiento de partidos políticos. De hecho, en esta época, buena parte de las naciones europeas ampliaron el derecho al sufragio con la excepción del Imperio Ruso y el Imperio Turco que se mantuvieron inmovibles a esta tendencia general en Europa. Como se verá más adelante, el caso ruso es ejemplar en tanto que,

en el ocaso del Siglo de las Luces, vio nacer al Partido Socialdemócrata del que, en 1903, se desprendieron los bolcheviques con Lenin a la cabeza. La clandestinidad partidaria, obligada por la autocracia zarista de la familia Romanov, combinada con fracasos militares (en 1904 estalló un enfrentamiento con Japón que resultó vencedor) y la huelga general de 1905 (que abrió paso al periodo revolucionario y a la creación de la Duma, un parlamento que ponía límites al absolutismo) fueron generando un escenario cada vez más radicalizado al interior de la gran Nación del extremo oriente europeo. Aunque varios países atravesaron tensiones internas en la antesala de la Primera Guerra Mundial, lo cierto es que la extensión de sentimientos patrióticos confundidos con un nacionalismo plagado de prejuicios raciales les permitió a esos Estados nacionales ordenar y movilizar a los ciudadanos detrás de sus banderas.

Al mismo tiempo, la política imperialista consolidó una geopolítica organizada en torno a la agudización de las relaciones desiguales entre zonas avanzadas y zonas atrasadas: la distancia entre países ricos y avanzados y aquellos empobrecidos y atrasados se profundizó severamente en estos años. Esto se explica por dos grandes razones. En primer lugar, por la dependencia impuesta por las potencias centrales sobre aquellas naciones que pasaron a ser colonias, semicolonias o zonas de influencia. Asimismo, se debió a que el desarrollo de grandes economías iba de la mano de la consolidación de grandes Estados y eso era posible en la medida en que se amplificaran las posibilidades de expansión económica. No todos los países estaban en las mismas condiciones como para hacerlo. De esta forma, se fue afianzando la articulación entre la economía y la política, entre los gobiernos y las empresas. En este camino, la industria metalúrgica —que había sido el eje de la industrialización de los países centrales desde 1850— fue reemplazada por la industria armamentística, acorde a las nuevas necesidades estatales. En otros términos, en este pasaje de una industria a otra, mucho tuvieron que ver los Estados nacionales que se lanzaron a la carrera armamentista a través de equipamiento militar, el desarrollo de tecnología y el impulso a la industria bélica. Así, la competencia internacional ya no se limitaba a la expansión, sino también a liderar la disputa por el armamento militar.

El imperialismo, que resolvía alguna de las tensiones internas del capitalismo central, proveía también nuevas conflictividades entre las naciones en tanto que la rivalidad por ganar territorios y mercados (para ubicar bienes industriales y para adquirir las materias primas necesarias al desarrollo fabril) se articulaba con la competencia en la producción de armamentos. La modificación en la producción es, evidentemente, señal de la tensión que reinaba entre las grandes potencias imperiales. Y al mismo tiempo que esta carrera armamentista configuraba una necesidad política era una de las claves del desarrollo industrial que consolidaba la articulación entre gobierno, industria y ciencia.

De forma paralela, en otras latitudes de Europa, al interior de los viejos imperios (otomano, ruso y austrohúngaro) se iniciaron procesos de desintegración de la mano de la emergencia y la consolidación de movimientos nacionalistas que, finalmente, pusieron en jaque sus posibilidades de continuidad. En 1905, tras la derrota en manos de Japón, en Rusia se produjo una huelga general: fue el primer levantamiento contra el régimen zarista y con él se abrió paso a la creación de la Duma. Estos dos eventos expusieron las debilidades y las flaquezas de la autocracia rusa que, con la participación en la Primera Guerra Mundial, cobraron una magnitud traducida en el lema *pan, paz y tierra* como antesala a la revolución bolchevique. En cuanto al Imperio Otomano, en 1907 comenzó a gestarse su derrumbe y para 1912, la creciente ebullición en los Balcanes⁷ se profundizó. Esta zona se encontraba atravesada por las problemáticas y las reivindicaciones étnico-nacionalistas, así como disputados por los imperios con desarrollo en esa zona y las grandes potencias. De hecho, será el *polvorín de Europa* donde se encienda la mecha de la Primera Guerra Mundial. En 1912 estalló la primera guerra balcánica que enfrentó al Imperio otomano, que ejercía el control de esta zona de Europa del Este, contra la Liga de los Balcanes integrada por Bulgaria, Montenegro, Grecia y Serbia. El conflicto se resolvió favorablemente para las naciones balcánicas que lograron expulsar a los otomanos de buena parte del territorio peninsular. Sin embargo, una vez derrotado el enemigo común, se inició una disputa entre estos países por las fronteras y la división territorial. Esta pugna desató la Segunda Guerra Balcánica en el verano de 1913 y en agosto de ese año se firmó la paz con el Tratado de Bucarest. Así, Bulgaria, Grecia, Montenegro, Rumania y Serbia le pusieron fin a los enfrentamientos y acordaron nuevos límites territoriales. Sin embargo, Bulgaria se vio desfavorecida en tanto que perdió las posiciones que había alcanzado durante el conflicto en 1912 y desde entonces, la zona de los Balcanes quedó en un equilibrio inestable, producto de las pretensiones de todos los contrincantes por reordenar el mapa en su favor y anexionar territorios, ampliar sus Estados y asegurar las desembocaduras marítimas. Más aún, sobre esta geografía estaban puestos los ojos de las propias naciones balcánicas, pero también de los otomanos que habían perdido su influencia y control, el Imperio Austrohúngaro e Italia.

A medida que el siglo XIX llegaba a su ocaso, la paz comenzó a deteriorarse. En este punto resulta pertinente interrogarse acerca de cuáles fueron las condiciones para que estas tensiones estallaran en un enfrentamiento bélico cuando, a ojos de los contemporáneos, esta era una época de paz. Esta enumeración no tiene una pretensión exhaustiva, en tanto que es un recorte de algunos de los condicionantes que se fueron articulando para dar lugar a la salida bélica. En primer lugar, el sistema internacional se encontraba en un franco proceso de desestabilización de los acuerdos que se habían sellado en el Congreso de Viena⁸ en 1815 por las ambiciones económicas, políticas y militares de las potencias centrales. Este resquebrajamiento del concierto europeo se fundó en la competencia entre las naciones por la explotación capitalista de nuevas zonas

entendidas como mercados, actuales o futuros, incrementó la rivalidad en un escenario novedoso por la inscripción de Estados Unidos y Japón. De esta manera, Inglaterra ya no era la única potencia y su hegemonía mundial era desafiada por nuevos jugadores, especialmente Alemania que había demostrado una fenomenal potencia fabril. Más aún, en un contexto en el que la técnica, la ciencia, la tecnología y la productividad industrial parecían no tener límites, esta competencia se presentaba como ilimitada y, por tanto, irrefrenable. En segundo lugar, la conformación del sistema de alianzas se tornó permanente, cada vez más rígido y hostil, y habilitó la posibilidad de desarrollar una planificación militar conjunta. El escenario internacional se ordenó en dos bloques. Por un lado, Francia, Rusia y Gran Bretaña en la llamada Triple Entente. Por el otro, Alemania, el Imperio Austrohúngaro⁹ e Italia en la Triple Alianza. Esta configuración en dos grandes entramados político-militares minó las posibilidades de resolver los conflictos a través de la vía diplomática. También, en esta época de paz armada (1890-1914), operó la exacerbación de los sentimientos patrióticos, la exaltación nacionalista con un fuerte sesgo racista y viejas disputas entre las potencias.¹⁰ Además, los escenarios internos de cada una de las potencias estaban cada vez más deteriorados y escapaban del control de sus gobiernos, como en Rusia, donde reinaba el peligro de la revolución —que finalmente estalló en 1917— o en el Imperio Austrohúngaro que vivía bajo el riesgo de la desintegración —que acaeció durante la guerra—. Estas alteraciones internas, en algunos casos, no solo no fueron resueltas con el conflicto armado, sino que se profundizaron hasta estallar. Más aún, la política exterior alemana adquirió un marcado perfil agresivo que expuso ante los demás competidores su potencial militar y poderío económico. Esto preocupó especialmente a los ingleses, ya que los alemanes buscaban consagrarse como la gran potencia militar-industrial, corriendo de esa posición a Inglaterra: para ello habían demostrado una inusitada capacidad productiva y contaban con una frondosa flota que cuestionaba el poderío naval de Inglaterra. Cuando, finalmente, esta última ingresó al bloque antialemán,¹¹ las tensiones estaban en un punto tan álgido como irremediable. Mientras el Reino Unido quería mantener el orden internacional, Alemania quería cambiarlo y eso llevó a los ingleses a forjar alianzas hasta entonces impensadas.

La disposición a la guerra, a no disuadir los conflictos por la vía diplomática reinaba entre estas potencias. Con esta prepotencia beligerante, quedó claro que «la era de la paz, de civilización burguesa confiada, de riqueza creciente y de formación de unos imperios occidentales llevaba en su seno inevitablemente el embrión de la era de la guerra, revolución y crisis que le puso fin» (Hobsbawm, 2011, p. 290).

La inestabilidad internacional se fue incrementando y en junio de 1914 se produjo un atentado en Sarajevo (Bosnia), contra el archiduque austriaco y heredero al trono del Imperio Austrohúngaro, Francisco Fernando, en manos de Gavrilo Princip, un militante

serbio de la organización Mano Negra.¹² Desde Viena, Austria, se interpretó que Belgrado era responsable del asesinato y un mes después, le declaró la guerra a Serbia. Sobre el hecho en sí mismo, Hobsbawm (2011) señala que era, en verdad, intrascendente: «No era infrecuente el asesinato de un personaje público» y agrega que la reacción debe ser analizada partiendo de que «cualquier incidente —incluso la acción de un estudiante terrorista en un rincón olvidado del continente— podía provocar ese enfrentamiento, si una sola de las potencias que formaban parte del sistema de bloques y contra bloques decidía tomárselo en serio» (p. 287). Así, la amenaza de Austria hacia Serbia y el pleno apoyo de Alemania a su aliada aseguró el desenlace del conflicto. Luego llegó el apoyo ruso a Serbia y con ello, el involucramiento de las naciones que conformaban la Triple Entente. Es en este sentido que Hobsbawm (2011) indica que «la paz fue rechazada por todas las potencias» (p. 276). Como por efecto dominó, las principales naciones europeas se fueron involucrando en el conflicto por el entramado de alianzas político-militares que habían tejido en el último cuarto del siglo XIX.

La Primera Guerra Mundial tuvo características que marcaron importantes diferencias con las guerras europeas anteriores. En primer lugar, fue masiva y la denominación que le asignaron sus contemporáneos, como la Gran Guerra, se explica porque nunca antes se había desarrollado un enfrentamiento de esta magnitud:¹³ la cantidad de soldados en el campo de batalla, las maquinarias bélicas de las que disponían los ejércitos, el armamento producido por la industria, así como la potencia de la destrucción del paisaje de cada nación involucrada y la cantidad de muertes que engendró. Todo fue masivo y, desde 1914, quedó inaugurada «la era de las matanzas» (Hobsbawm, 2010a, p. 32). Además, la experiencia de la muerte recorrió todo el continente, marcando para siempre la vida de esos hombres y mujeres que fueron contemporáneos. Tras 1918, esas sociedades no estaban dispuestas a volver a involucrarse en un enfrentamiento que, nuevamente, contara los muertos en millones, destruyera el paisaje y agotara las economías nacionales. Sin embargo, algunos veteranos no supieron volver a la paz y desarrollaron un sentimiento irrefrenable de superioridad, germen de los grupos de la derecha y el militarismo radicalizado que surgieron en la posguerra.

En segundo lugar, durante este conflicto armado, todas las economías se orientaron a las exigencias de la guerra, mientras los hombres pasaban de las fábricas a las trincheras. Por otro lado, en el campo de batalla, se desarrolló la estrategia defensiva de fortificaciones que mantuvieron una parálisis sangrienta de las posiciones de las potencias beligerantes en el frente occidental. Mientras tanto, con el armamento naval, cada bando intentaba provocar el hambre entre la población civil enemiga y asfixiar su economía. Por último, en 1917 se produjo un quiebre que cambió el rumbo de la Primera Guerra Mundial y de la historia, con dos hechos de trascendental importancia que determinaron el triunfo de la Triple Entente sobre la Triple Alianza: el estallido de la Revolución Rusa,

con su consiguiente salida de la guerra, y el ingreso de Estados Unidos al bando de Inglaterra y Francia, con un fenomenal desembarco de armamentos y soldados.

Para 1917, el frente occidental se encontraba sin mutaciones, pero Alemania había alcanzado una victoria en el este, empujando a Rusia a la revolución, la posterior salida de la guerra y la firma del Tratado de Brest-Litovsk en 1918 por medio del cual, la mayor potencia de Europa oriental perdía una parte considerable de sus territorios. La irrupción de los bolcheviques en el Palacio de Invierno, en una Rusia en la que se había popularizado el lema *pan, paz y tierra*, es uno de los acontecimientos más relevantes del siglo xx: fue la primera revolución socialista que logró imponerse victoriosa y que se sostuvo en pie por más de setenta años. Asimismo, se desató en un país que no cumplía con ninguna de las condiciones que el marxismo clásico había definido como necesarias para el estallido de una transformación del modo de producción capitalista: Rusia era una nación muy extensa y populosa, con una autocracia que había empezado a desarrollar políticas tendientes a la industrialización concentrada solo en algunas ciudades, mientras persistía el ordenamiento feudal y agrario en el resto del territorio ruso. Sin una revolución burguesa precedente, los comunistas le arrebataron el poder a la autocracia. Con ello asentaron un *modelo* de revolución y se abrió un profundo debate al interior del marxismo y de las corrientes revolucionarias que persiste hasta la actualidad.

Ese mismo año, cuando los alemanes se disponían a avanzar sobre el campo occidental, Estados Unidos realizó un masivo envío de refuerzos y armamentos que equilibraron la balanza en favor de la Triple Entente. Pero Alemania estaba al límite, exhausta por las exigencias de la guerra y, como explica Hobsbawm (2010a), «la conclusión de la guerra fue sólo una cuestión de unas pocas semanas» (p. 37). La victoria en manos de Inglaterra, Francia, Estados Unidos e Italia¹⁴ se plasmó en la firma del Tratado de Versalles en 1919. Este acuerdo de paz persiguió, sin suerte, cinco objetivos. En primer término, con gran relevancia política estratégica, se orientó al permanente debilitamiento de Alemania y a controlarla ya que había estado muy cerca de aplastar a sus enemigas. En segundo lugar, imponía que era la única culpable y, por tanto, debía solventar los costos de la guerra, se le prohibió contar con una flota y con fuerza aérea, se redujo el tamaño de su ejército y se ocupó militarmente una zona. En tercer término, con sobresaliente centralidad, se encaminó a evitar la propagación de la revolución comunista al crear un *cordón sanitario* para evitar el avance rojo sobre el continente europeo con la conformación de países antibolcheviques como Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia y Rumania. En cuarto lugar, este pacto tenía la pretensión de reordenar el mapa europeo tras el hundimiento del Imperio Ruso, Austrohúngaro y Turco Otomano.¹⁵ Por último, se propuso contar con un mecanismo capaz de encauzar futuros conflictos de forma pacífica, pública y democrática, es decir que impidiera el estallido de una nueva guerra: la Sociedad de Naciones.

Pero la paz acordada en Versalles se evaporó, sin lograr asegurar la estabilidad y la tranquilidad en Europa. La persistente inquietud de Francia por su cercanía con Alemania; el corrimiento de Inglaterra de su posición hegemónica; la salida de un mundo eurocéntrico y eurodeterminado con el ingreso de nuevos jugadores de peso como Estados Unidos y Japón; la exclusión del sistema internacional de dos grandes potencias europeas como la URSS y Alemania; así como la negativa de la potencia americana a firmar el acuerdo de paz y a integrar la Sociedad de Naciones. Todo esto se combinó hasta dinamitar lo establecido en París, dejando en evidencia que no habría equilibrio posible bajo las reglas del desguace, la proscripción y el estrangulamiento económico-militar.

El mundo de entreguerras

Desde fines del siglo XIX, Estados Unidos había iniciado la consolidación de su posición dominante en el continente americano a partir de dos procesos. En primer lugar, su política imperialista clásica bajo los imperativos de la doctrina Monroe (1823), fundamentalmente con los países de Centroamérica y el Caribe, así como por su capacidad para imponer condiciones absolutamente desiguales en las relaciones de intercambio comercial. Además, tras la guerra de Secesión (1861-1865)¹⁶ originada en la polémica en torno a la esclavitud, el triunfo de los estados del norte industrializados sobre los agrarios y los rurales del sur, había asegurado el crecimiento económico bajo las reglas del capitalismo. Este desarrollo se apuntaló a lo largo de la Primera Guerra Mundial y con su determinante ingreso en el conflicto, en el año 1917, terminó por consolidarse como una potencia mundial. Su injerencia se tornó ineludible con el trazado del nuevo sistema internacional que se edificó en Versalles. El peso de Norteamérica marcaba el quiebre del eurocentrismo, tanto que la desaprobación de su Congreso a firmar ese Tratado de paz y a integrar la Sociedad de Naciones marcó la ruina de estas instituciones.

Además, como señala María Dolores Béjar (2011), a diferencia de Inglaterra, Estados Unidos tenía la particularidad de contar con abundantes materias primas y un gran mercado interno que lo volvía relativamente independiente del comercio mundial. Su autarquía rompía con el orden mundial que había edificado Gran Bretaña que sí dependía de las importaciones, la estabilidad monetaria, el comercio y el flujo de capitales en el mundo. En otros términos, no asumió una función estabilizadora de la economía mundial. Asimismo, como esta nación no había comprometido su territorio en la disputa bélica y su economía, centrada en la producción de materias primas e industrial, no quedó atrapada en las exigencias de la guerra, en las primeras décadas del siglo XX, Estados Unidos se consolidó como la mayor productora industrial y acreedora a nivel mundial. De esta forma, después de la firma del tratado de paz bajo la presión de la *diplomacia de la venganza* (Feinmann, 2005) emergió como «el principal motor de la reconstrucción de la economía europea y la reactivación del comercio mundial» (Béjar, 2011, p. 92). Los grandes grupos que

dominaban el centro neurálgico de las finanzas norteamericanas, Wall Street, se orientaron a la estabilidad de la economía internacional y a la reconstrucción económica y territorial de las zonas europeas que habían quedado devastadas tras la guerra. Incluso la de Alemania, entendiendo que esta nación era central para el concierto económico mundial, más allá de las preocupaciones y temores franceses.

Pero esta incuestionable centralidad de Estados Unidos tuvo un capítulo trágico en el periodo de entreguerras. Para analizar este proceso que profundizó los descontentos y los asuntos pendientes tras la Primera Guerra Mundial, dando paso a la Segunda, resulta ineludible conocer las particularidades de la década de 1920. La primera mitad de este decenio se caracterizó por importantes fluctuaciones económicas derivadas de la ampliación del gasto público que realizaron los Estados y que dieron lugar a la plena ocupación y la puja redistributiva de los recursos. Esto se combinó con las limitaciones para equilibrar la producción y la demanda, así como el peso de la deuda contraída por la guerra. A estos movimientos, se agregaron fuertes conflictos sociales. En la segunda mitad, la economía se estabilizó de forma sostenida y, como propone Béjar (2011), la recuperación fue tan evidente que se emplearon nombres específicos para designar el periodo: *los dorados veinte* en Alemania, *los años felices* en Estados Unidos y *los años locos* en Francia. En este punto, cabe destacar que estas mejoras se vieron en la actividad industrial, mientras que el ámbito rural padeció severas dificultades tras la caída de los precios de los alimentos y las materias primas al finalizar el conflicto armado.

Sin embargo, en estos años, el crecimiento de la productividad no fue acompañado por la creación de un mercado de masas sólido basado en la recomposición salarial: «Las bases de la prosperidad de los años veinte no eran firmes, ni siquiera en Estados Unidos» (Hobsbawm, 2010a, p. 107). La agricultura y los salarios estaban estancados, mientras los beneficios aumentaron desproporcionadamente. De hecho, por la debilidad de la demanda y el consumo interno, se la alentó a través de la expansión del crédito. Mientras a las empresas les fue bien y crecía la cadena crediticia, se fue consolidando la especulación y la sobreinversión en el mercado bursátil. De esta manera, el incremento de la actividad bursátil —*la bolsa*— produjo el aumento de la cotización¹⁷ de las acciones de las empresas y empezó a ser vista entonces como una fuente de ingresos para los pequeños ahorristas. El problema es que la rentabilidad se desprendía de la actividad especulativa y no existía un equilibrio entre lo que se demandaba y la productividad del sistema industrial que, aunque asombraba al mundo con la potencia de los avances del fordismo,¹⁸ no era absorbido por el consumo. La consecuencia fue la sobreproducción y la especulación. Esta timba financiera, alentada por el aumento de los valores en la bolsa, favoreció la inversión de dinero prestado, generando un escenario cada vez más frágil por la disociación entre la economía real y el mercado financiero. Cuando esto se hizo evidente, la burbuja explotó.

En un contexto determinado por la incapacidad del mercado internacional para absorber la expansión productiva, en el que se generó un desequilibrio entre la producción y la demanda —sobreproducción—, el fomento al consumo a través del crédito, la inversión del dinero prestado en la actividad especulativa bursátil de gente de a pie sin liquidez (dinero en mano) y los bancos abrumados por la incapacidad de cobro, se produjo entonces el quiebre de la Bolsa de Wall Street en octubre de 1929. Este derrumbe económico, con epicentro en Nueva York, tuvo consecuencias catastróficas a nivel internacional porque el mundo entero tenía relaciones con la potencia norteamericana y era sensible a sus movimientos o alteraciones. Europa estaba profundamente vinculada con esta nación prestamista que, en 1924, había lanzado el Plan Dawes y, en 1929, el Plan Young como parte del plan de reparaciones y cobro de las deudas.

La principal y más traumática consecuencia fue la generalización del desempleo en los países industrializados, que se combinó con la dramática ausencia o insuficiencia de los servicios sociales. En medio de esta debacle, los partidos políticos de izquierda sumaron grandes cantidades de afiliados y la propagación del estancamiento y el retroceso en la economía, con excepción de la Unión Soviética, reavivó el temor burgués a la revolución social. La necesidad de restablecer el orden capitalista, llevó a implementar diferentes ensayos dentro de las reglas del capital, pero abandonando las reglas del liberalismo económico (como fundamento para la organización de la producción y la distribución) que cayó en descrédito.

Esta primera gran crisis del capitalismo impactó en todos los puntos geográficos en los que se había extendido el poder financiero estadounidense después de 1919: Norteamérica pasó de exportar capital a exportar desempleo, quiebras y angustias. En este escenario, Alemania fue una de las zonas más duramente afectada por el cimbronazo especulativo, ya que, tras la Primera Guerra Mundial, había recibido frondosos socorros de Estados Unidos. La caída bajo el yugo de la dependencia fue estrepitosa y la condena popular hacia los dirigentes que habían conducido al desastre fue rotunda. La identificación de un culpable, la consagración de una alternativa al salvajismo del capitalismo liberal, el proteccionismo y el desarrollo económico autárquico, así como la aparición de un liderazgo carismático en el siglo de los grandes movimientos de masas, conformó la alternativa para el pueblo alemán.

En el caso norteamericano, la crisis detonó las propuestas del partido republicano y permitió el ascenso del demócrata Franklin Delano Roosevelt en 1933. La apelación a algunos de los preceptos claves de la heterodoxia económica, especialmente las recomendaciones del economista británico John Maynard Keynes, fueron centrales: la propuesta era promover la inversión pública como mecanismo generador de puestos de trabajo y, por tanto, de recuperación de la demanda. En otros términos, el inglés explicaba que si el

Estado inyecta dinero en la economía, por ejemplo, a través de las inversiones en obra pública (para construir autopistas, puentes, edificios públicos, etcétera) esto generaría nuevos empleos y, por tanto, salarios. Con el dinero de sus ingresos, los trabajadores demandarían bienes de consumo. Esa necesidad de consumir generaría nuevos puestos de trabajo y con ellos más salarios y, por tanto, más consumo. De este modo, que el Estado invierta dinero daría lugar al inicio de un círculo virtuoso que volvería a poner de pie la economía: la centralidad del Estado como el ordenador de las decisiones, el garante de las relaciones entre los actores económicos (trabajadores y empresarios) y pieza clave para la recuperación económica. A la clásica idea ortodoxa del liberalismo que sostenía que el mercado se autorregula solo y que las crisis surgen de las intervenciones del Estado, en este clima de época se consolidó la propuesta de John Maynard Keynes para asegurar la salida a la crisis a través de una firme injerencia estatal.

Sin embargo, en el periodo de entreguerras, la crisis no solo arrojó consecuencias económicas y territoriales devastadoras, sino también humanas y valorativas. Con el hundimiento de los pilares y de las instituciones del liberalismo político clásico, se relativizó el rechazo categórico a las dictaduras, el respeto por el sistema electoral constitucional, la necesidad de los derechos y las libertades civiles. Con este derrumbe, se cuestionaron también los valores de la civilización que terminaron por declinar durante la Segunda Guerra Mundial (Hobsbawm, 2010a). Este fuerte cuestionamiento al ideario del liberalismo político no fue protagonizado por la izquierda, sino fundamentalmente por una nueva derecha antiliberal que despuntó en la primera posguerra y alcanzó su plenitud en la antesala del enfrentamiento de 1939-1945. En ese sentido, Hobsbawm (2010a) propone:

Esa crisis instaló en el poder, tanto en Alemania como en Japón, a las fuerzas políticas del militarismo y la extrema derecha, decididas a conseguir la ruptura del *statu quo* mediante el enfrentamiento, si era necesario militar, y no mediante el cambio gradual negociado. Desde ese momento, no solo era previsible el estallido de una nueva guerra mundial, sino que estaba anunciado (p. 43).

La consecución bélica

«Nadie, ningún politólogo serio, negaría hoy que las dos bombas atómicas arrojadas por los norteamericanos en Japón fueron, no solo para terminar la guerra, sino para evitar que los soviéticos se adueñaran del imperio de Hirohito. Y para exhibirles, como modo de amedrentamiento, el devastador poderío nuclear de los Estados Unidos. El miedo a la “ola roja”, a su expansión, a sus conquistas, funcionó una vez más. Había que tirar esas bombas: para liquidar a los japos, desde luego, pero —proyectando las cosas hacia el futuro— porque todos sabían que la nueva guerra ya había estallado. La nueva, la

verdadera, la que enfrentaba a los auténticos adversarios: occidente y el oriente soviético.»
José Pablo Feinmann (2005)

El período de entreguerras fue signado por la fragilidad de la paz y la hecatombe de la economía mundial. La crisis de la década de 1930 fue afrontada por los países del mundo —a excepción de la URSS que parecía inmune a las consecuencias—¹⁹ con políticas de planificación económica dirigidas (elaboradas e implementadas) por el Estado, con el objetivo de orientar las decisiones de los diferentes actores de la economía. La protección de la producción nacional, la instrumentación de acciones estatales tendientes a la independencia económica y al control de los principales resortes económicos, la inversión en obra pública, los subsidios a las ramas estratégicas de la economía y las políticas sociales, fueron algunas de las estrategias que, con diferentes matices según el caso, fueron comunes en los países envueltos en la crisis.

De esta manera, las respuestas a la debacle económica, política e institucional implicaron no solo el abandono del liberalismo económico, sino también el profundo cuestionamiento a los valores de la democracia liberal clásica. El resurgimiento de la extrema derecha militarizada en Italia y Alemania, donde el partido nazi y el fascismo encontraron la posibilidad de acceder al control del gobierno, debe ser entendido a partir del señalamiento anterior, así como inscripto en la *diplomacia de la venganza* con la que se concluyó la Primera Guerra Mundial, el incumplimiento del Tratado de Londres y la dependencia económica que mantuvo especialmente Alemania con Estados Unidos a lo largo de la década de 1920. Este entramado echa luz a estas experiencias autoritarias que se desarrollaron en el corazón de Europa central.

En este contexto de crisis, las relaciones entre los países se fueron deteriorando. Los centros imperialistas incrementaron sus *vínculos* con las colonias, mientras que Italia, Japón y Alemania también buscaban expandirse. De esta manera, Italia y Alemania estrecharon sus alianzas y apoyaron a Francisco Franco en la guerra civil española (1936), conformando el eje Berlín-Roma. Paralelamente, firmaron sus pactos de cooperación mutua ante posibles ataques externos, a los que un año más tarde se sumó Japón.

En este marco, la fragilidad de la paz era amenazada, fundamentalmente, por el accionar de dos países: Japón —que pretendía expandirse hacia el Pacífico— y Alemania. La amenaza constante que significaba, sobre todo el nazismo, permitió que sin demasiadas convicciones, las democracias europeas y el comunismo soviético exploraran la posibilidad de unirse en un frente antifascista. Este acuerdo contra el enemigo en común se concretó con la conformación de dos grandes sistemas de alianzas permanente: por un lado, el Eje integrado por Italia, Alemania, Japón; por el otro, la Alianza entre las democracias occidentales y el comunismo que incluyó a Estados Unidos, Inglaterra, Francia y la

URSS. Como explica Béjar (2011), la Segunda Guerra Mundial fue la pelea entre dos tipos de Estados capitalistas: el democrático y el nazifascista. También, entre dos tipos de regímenes que compartían el antiliberalismo y el autoritarismo, pero con proyectos contrarios: el nazismo y el comunismo. Así, a diferencia de la Gran Guerra (1914-1918), esta tuvo un carácter profundamente ideológico.

La confrontación entre los dos bloques condicionó las relaciones internacionales y se libró en múltiples frentes: militar, ideológico, político y propagandístico. Probablemente, desde el punto de vista militar, la ocupación japonesa de Manchuria (1931) haya sido el primer episodio que llevaría al estallido de la guerra. Pero el desencadenante fundamental fue el virulento accionar del Tercer Reich. Las ideas articuladas de racismo, la búsqueda de un *espacio vital* que el extremismo reclama como un derecho y el anticomunismo, funcionaron motorizando el expansionismo alemán, que empezó por desconocer los límites al rearme que pesaban sobre esta nación e inició una carrera de ocupación territorial, mientras Francia y Gran Bretaña observaban los movimientos del ejército nazi sin intervenir, con la seguridad de que sería difícil convencer a sus pueblos de ingresar a un nuevo entrenamiento bélico a escala mundial. Pero el quiebre se produjo, finalmente, con la invasión a Polonia en 1938. Las potencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial no podían seguir eludiendo la avanzada militar alemana y le declararon la guerra. Una vez más, Europa se sumergió en los horrores del campo de batalla a gran escala.

La Segunda Guerra Mundial implicó el despliegue de una brutal maquinaria bélica que arrasó con territorios, economías y una parte importante de la humanidad.

Referencias

Béjar, M. D. (2011). *Historia del Siglo XX*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Bender, T. (2011). *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.

Bianchi, S. (2013). *Historia social del mundo occidental. Del feudalismo a la sociedad contemporánea*. Bernal, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.

Hobsbawm, E. (2010a). *Historia del siglo XX*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Crítica.

Hobsbawm, E. (2010b). *La era del capital. 1848-1875*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Crítica.

Hobsbawm, E. (2011). *La era del imperio: 1875-1914*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Crítica.

Feinmann, J. P. (3 de abril de 2005). La Primera Guerra Mundial. *Página 12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-49242-2005-04-03.html>

Feinmann, J. P. (18 de octubre de 2005). La construcción del enemigo. *Página 12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-284074-2015-10-18.html>

Fernández, A. (2017). La ley argentina de inmigración de 1876 y su contexto histórico. *Almanack*, (17), 51-85. doi: 10.1590/2236-463320171705

Jauretche, A. (1959). *Política nacional y revisionismo histórico*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Peña Lillo.

Lenin, V. I. U. [1916] (2008). *Imperialismo, fase superior del capitalismo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Libertador.

Marx, K. [1867] (1973). *El Capital. Crítica de la economía política*. Tomo I. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Santos, B. S. (2009). *Una epistemología del Sur*. Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno.

Santos Discépolo, E. (1934). *Cambalache* [Tango].

Notas

1• En 1876, el presidente Nicolás Avellaneda promulgó la Ley de Inmigración. Sobre esta normativa, Alejandro Fernández (2017) sostiene que fue concebida como un mecanismo de modernización en tanto que le asignaba al inmigrante europeo ciertos atributos sociales y económicos que apuntalarían el progreso nacional. Además de este instrumento legislativo, en la Argentina se creó un Departamento General de Inmigración, se dispuso de agentes estatales radicados en Europa y subsidió pasajes. Es decir que hubo una deliberada intervención estatal para apuntalar y orientar este fenómeno como sinónimo de prosperidad, orden y civilización.

2• Este punto será retomado para analizar la implementación de la técnica y la razón humana en las experiencias totalitarias del siglo xx, cuando la razón se empleó para fabricar muerte en los campos de concentración.

3• Sobre este aspecto, cabe señalar que el monopolio es enemigo de la libre competencia —en el que todos tienen las mismas posibilidades de ofrecer y demandar—, estandarte del liberalismo económico reinante desde el nacimiento del capitalismo. El monopolio inhabilita esta libertad, en tanto que la concentración da lugar a la extinción de aquellos actores más pequeños que ofrecían bienes y condena a los demandantes a satisfacer sus necesidades bajo las reglas del único oferente: el monopolio.

4• Es el capital que deriva de la concentración de la producción, la conformación de monopolios y de la fusión entre la industria y los bancos.

5• Según Lenin [1916] (2008), la conquista y el reparto del mundo se dio en dos formatos. La colonia (una relación asimétrica entre el dominante y el dominado, en la que el primero tiene un control absoluto del destino político y económico del segundo) y la semicolonía (una relación que también resulta asimétrica, pero en la que el dominante ejerce un control imperial de los principales resortes de la economía del dominado, aunque este último tiene una supuesta independencia económica. Decimos supuesta porque el control económico impacta en la libertad política).

6• Tras la gran depresión se desarrolló la gestión científica, cuyo fundador fue Frederick Taylor. En torno a 1880, buscó resolver las problemáticas industriales con mecanismos más racionales para controlar las tareas y maximizar los beneficios a costa de los trabajadores. Así se implementaron tres mecanismos, principalmente: aislar al trabajador y transferir el control del proceso productivo a la dirección; una descomposición de los procesos en varias etapas cronometradas y con movimientos estipulados; y nuevas formas de pago que generarán incentivos en los trabajadores (Hobsbawm, 2011).

7• Una geografía históricamente atravesada por los intereses de diferentes imperios, que abrieron cruentas guerras por la delimitación de las fronteras, por las nacionalidades y por las identidades de estos pueblos.

8• El Congreso de Viena se celebró entre 1814 y 1815. Estuvo conformado por Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia. Estas potencias tenían la pretensión de reordenar el mapa europeo tras las guerras napoleónicas y asegurar la restauración monárquica en las zonas que habían sido conquistadas por la Francia de Napoleón I Bonaparte. El retroceso que se impuso en materia de libertades y derechos políticos dio lugar a la oleada de revoluciones liberales entre 1815 y 1848.

9• Alemania y el Imperio Austrohúngaro se habían aliado en 1882. Posteriormente, se les sumó Italia que, un año más tarde, en 1915, abandonó la Triple Alianza a partir de un pacto secreto (el Tratado de Londres) que entabló con Inglaterra, Rusia y Francia: su pase a la Triple Entente a cambio de territorios balcánicos. Sin embargo, cuando finalizó el conflicto bélico no fue cumplido en su

totalidad generando rencores entre los italianos. Este descontento será un elemento detonante de las controversias que dieron paso al estallido de la Segunda Guerra Mundial.

10• En 1870 estalló la Guerra Franco-Prusiana que terminó con el triunfo de Prusia, dando lugar a la conformación del Imperio alemán y el control del mismo sobre la zona de Alsacia y Lorena. Estos territorios volvieron a formar parte de Francia tras la Primera Guerra Mundial.

11• Los alemanes esperaban que Inglaterra se mantuviera neutral en tanto que habían tenido conflictos con Francia y con Rusia. Sin embargo, ponderó su enemistad con el peligro ascendente alemán y dejó de lado viejas riñas coloniales con los franceses y los rusos en medio de la «globalización del juego de poder internacional» (Hobsbawm, 2011, p. 280): nuevos jugadores, nuevas reglas, nuevos objetivos, sin el dominio absoluto de Inglaterra.

12• Este atentado se inscribe en la conflictiva historia de los Balcanes y en la anexión del Imperio Austrohúngaro que en 1908 había avanzado sobre las provincias de Bosnia y Herzegovina que pertenecían a Serbia. Este hecho resulta ejemplificador de todas las pretensiones imperiales sobre la zona de los Balcanes: frente a las expresiones nacionales, se encontraban los intereses expansionistas del Imperio Otomano y el Austrohúngaro.

13• En la época de la paz armada, hubo un sólo conflicto que enfrentó a más de dos potencias: la Guerra de Crimea (1854-1856) en donde Rusia peleó contra Gran Bretaña y Francia. Y los conflictos que se suscitaron en los años previos a la Primera Guerra Mundial, no eran en el territorio más inmediato de las potencias, sino en las colonias. Más aún, en la Guerra Franco-Prusiana murieron 150. 000 mientras que en la Primera Guerra Mundial, las bajas se contaban en millones.

14• Es pertinente recordar que Italia se había pasado de bando en 1915, tras la firma del Tratado de Londres.

15• Nuevos países fueron reconocidos internacionalmente: del viejo Imperio Austrohúngaro surgieron Austria, Hungría, Checoslovaquia y Yugoslavia. De la caída del Imperio Otomano, surgió Turquía; del Imperio Alemán se produjo el pasaje a la República de Weimar; y con la caída del Imperio Ruso de los Romanov nació la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

16• En ella se enfrentaron los Estados Confederados de América del Sur (esclavistas) contra la Unión integrada por los estados del norte. Los primeros buscaban separarse de los Estados Unidos, pero fueron derrotados y la esclavitud abolida.

17• La cotización es el precio que se le asigna a un valor o acción en la Bolsa.

18• El fordismo es un sistema de organización de la producción orientada a la reducción de los costos a través de la producción en serie (cadena de montaje), con tareas especializadas en el marco de una expansión del consumo. Su nombre deriva del dueño de la empresa automotriz norteamericana, Henry Ford.

19• Hobsbawm (2010a) sostiene que «mientras el resto del mundo, o al menos el capitalismo liberal occidental, se sumía en el estancamiento, la URSS estaba inmersa en un proceso de industrialización acelerada, con la aplicación de planes quinquenales. Entre 1929 y 1940, la producción industrial se multiplicó al menos por tres en la Unión Soviética [...]. Además, en la Unión Soviética no existía desempleo» (p. 103).